

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 46.—BARCELONA 29 DE ABRIL DE 1915



Infantería alemana en reserva, al abrigo de una ladera, durante la batalla de la Champaña

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Chile y la Gran Bretaña.—II. La manzana de la discordia.—III. Síntomas de desunión.—IV. Alemania y sus aliados

I.—Chile y la Gran Bretaña

Se ha hecho pública la protesta del gobierno de Chile por el ataque y destrucción del crucero alemán *Dresden*, el 14 de marzo, por una división de tres cruceros británicos.

El *Dresden* estaba fondeado a 500 metros de la isla Más-a-tierra, del grupo de Juan Fernández, y los barcos enemigos comenzaron el tiro precisamente cuando la autoridad chilena se dirigía al *Glasgow*, para presentar sus respetos al comandante de la escuadrilla inglesa. El *Dresden* había anclado el 9 de marzo, y su capitán pidió se le dejara permanecer ocho días en la rada, para reparar averías en la máquina. El gobernador chileno le negó este plazo, concediéndole sólo 24 horas, y dió cuenta al Gobierno de la República, que aun no había contestado cuando se entabló la acción.

La protesta es firme y enérgica, y en ella se hace hincapié en que las naciones débiles, que no pueden

hacerse respetar por su fuerza material, han de tener confianza en todo momento en que las más poderosas no violarán sus derechos, ni atentarán a su soberanía. Es, en la esfera del derecho, el mismo caso que el de Bélgica; y también el de Lemnos y Tenedos, islas ocupadas por los ingleses sin consultar la voluntad de los griegos.

El gobierno británico ha contestado brevemente y con poca cortesía, diciendo que aun no ha recibido el parte oficial del comandante del *Glasgow*, y que el *Dresden* había infringido las leyes de la guerra.

No es menester añadir que el incidente no tendrá ulteriores consecuencias; pero no deja de ser instructivo para los que sólo ven en Alemania el atropellador del derecho de los países neutrales.

II.—La manzana de la discordia

No lo ha dicho claramente ningún periódico extranjero; pero todo aquel que gusta de profundizar-

los habrá advertido ya que se patentizó un grave síntoma de desacuerdo entre Rusia e Inglaterra, con motivo de la cuestión de los Dardanelos. Se convino en una acción común de las tres potencias, y se dejó para después de la victoria el fijar el destino definitivo de los estrechos; pero la Gran Bretaña, arrastrando a Francia, se adelantó, tratando de poner por obra su teoría de los hechos consumados. Bien cara pagó su osadía. No obstante, Rusia se dió cuenta de la maniobra, porque los cañonazos de las escuadras causaron acaso más efecto en los círculos oficiales y en las redacciones de los periódicos rusos, que en las baterías turcas. Sin pérdida de tiempo, el gobierno del czar quiso reivindicar sus presuntos derechos sobre Constantinopla, y envió al Bósforo la escuadra del mar Negro. Esto fué, más que nada, una advertencia a Inglaterra.

Si el ataque a los Dardanelos devolvió a Grecia su buen sentido, que estaba a punto de olvidar, no tuvo menos saludables consecuencias sobre Rumanía, que aun se forjaba ilusiones sobre lo que podía esperar del triple acuerdo. Ahora sabe perfectamente que el hundimiento de Turquía a manos de los aliados será el primer paso para la pérdida de la independencia de aquel país. Las miradas rumanas, desviándose de la Bukovina, se vuelven hacia el mar Negro.

III.—Síntomas de desunión

Tampoco debe ser despreciado el hecho de que los franceses e ingleses insistan, como en los primeros días de la guerra, en la acción decisiva de los ejércitos rusos, de los que esperan la salvación. Más nuevo es que la prensa rusa haga representar a los ejércitos franco-británicos un papel análogo. Se va perdiendo la confianza en las fuerzas propias y se mueven como espantajo contra el enemigo las de los respectivos aliados. No para ahí, empero, la maniobra: la prensa del O. invita francamente un día y otro día a los ejércitos rusos a que obren con decisión; y la prensa rusa se lamenta de la poca eficacia de los ataques en el O.

No hay que concluir, sin embargo, en una pronta ruptura entre Rusia y sus aliados. Aquel Imperio va a necesitar otra vez, muy pronto, dinero, y sólo lo puede obtener en Francia e Inglaterra. Se suavizarán estas ligeras asperezas, pero poco a poco se van aflojando los lazos de una cordial amistad, y se aflojarán todavía más si la Gran Bretaña insiste en sus planes sobre Siria y Mesopotamia. Cuando el odio a otro es el único nudo que une a las naciones, los rápidos éxitos lo aprietan, pero los contratiempos y los fracasos lo debilitan. Las pruebas a que se está sometiendo el triple acuerdo son cada día más duras, y los intereses de los países del E. y del O. no han estado jamás de acuerdo. Rusia e Inglaterra, potencias asiáticas, han sido incompatibles y han de volver a serlo.

IV.—Alemania y sus aliados

Se ha sabido, por fin, que en el mes de marzo Austria-Hungría pasó por una crisis agudísima. El avance impetuoso de los rusos en los Cárpatos y las operaciones contra los Dardanelos, coincidieron con

una tentativa desesperada de los aliados para arrastrar a la guerra a Italia, Grecia y Rumanía; de suerte que, a la aparición de nuevos y graves peligros exteriores, se sumó la desilusión y aun el desengaño del pueblo de la doble monarquía.

Alemania, siempre resueltamente al lado de su aliada, echó mano de todos sus recursos diplomáticos y militares para salvar la situación. Abandonó sus propios intereses en las fronteras de Rusia y llevó tropas a los Cárpatos, conjurando de momento, pero no descartando, la amenaza de la invasión de Hungría; al mismo tiempo, tomó medidas militares para enviar al Tirol austriaco 600.000 hombres, y el príncipe de Bulow pudo hablar con más energía al gobierno de Roma.

A pesar de todo, el horizonte no se hubiera despejado para Austria a no ocurrir el desastre de los Dardanelos. Véase como la débil Turquía, ayudada por Alemania, evitó en marzo la probable derrota de los imperios centrales.

Posteriormente, la situación de Austria ha ido mejorando, sin ser aun completamente firme. Se robustecerá o no, según cual sea el sesgo de las operaciones militares.

La absoluta lealtad de Alemania para con su aliada, es garantía de que no abandonará a Turquía, y que llevará hasta el extremo los deberes de la alianza que la unen con ella. Y como Turquía es el más débil y descompuesto de todos los beligerantes, y va a ser objeto de un terrible ataque por Francia e Inglaterra, será interesante saber hasta qué punto sacrificará Alemania sus intereses propios en beneficio de los otomanos. Cuanto se dijera en estos momentos sobre cuestión tan interesante y que ha de influir decisivamente en las consecuencias de la guerra, sería aventurado.

F. LARIN.

LA SITUACIÓN ACTUAL DE LAS NACIONES BELIGERANTES

1.—Inglaterra (1)

En los actuales momentos la guerra no se ha decidido. No hay todavía vencedores ni vencidos. En un choque de naciones, y de naciones tan poderosas como las que toman parte en la lucha, no son los ejércitos en su aspecto exclusivamente técnico quienes han de decir la última palabra, sino los pueblos, de los cuales son aquellos la representación armada. Se trata por cada grupo de beligerantes de resistir más que de avanzar, y ese espíritu de resistencia, de perseverancia, de abnegación y de sacrificio, será quien decida la contienda. Es, por consiguiente, interesante y de actualidad, examinar imparcial y serenamente el estado en que se encuentra cada uno de los pueblos beligerantes. Las consecuencias acaso no tenga tiempo de deducirlas el lector, porque antes de que hayan visto la luz los artículos que hoy comienzan con *Inglaterra*, tal vez la fortuna haya comenzado a pronunciar su inapelable fallo.

No es del caso discutir ni tratar de poner en claro la política que siguió Inglaterra en los años que pre-

(1) Nuestros lectores sabrán sin duda con agrado, que el ilustre escritor que oculta su nombre con..., ha entrado a formar parte del cuerpo de redacción.—Nota de la Redacción.

cedieron a la guerra y en particular desde el otoño de 1913.

Su actitud francamente hostil a Alemania, fué causa de que fracasara estrepitosamente la tentativa que los estadistas de la última hicieron para marchar de acuerdo con Inglaterra y llegar a una inteligencia amistosa y franca con ella. Inglaterra, siguiendo su método tradicional, no perseguía más que atajar en su camino al poderoso, sin perjuicio luego de cortar las alas a los que se crecieran demasiado. Tal hizo con Rusia hace diez años, y lo mismo se propuso con Alemania apenas se hizo patente el engrandecimiento naval y comercial del imperio germánico.

Manteniendo una actitud equívoca hasta que estuvo echada la suerte en el mes de julio último, Albión en el fondo había ya abrazado su partido, que consistía en ponerse al lado de Francia y Rusia. La situación se presentaba favorable y parecía muy a propósito para que la Gran Bretaña, con un mínimo de pérdidas y sacrificios, y sin apenas riesgo ninguno, pusiese término al engrandecimiento de Alemania. El ejército ruso estaba movilizado, preparados a resistir los belgas, dispuestos los franceses; antes de que Alemania se diera cuenta de la verdadera situación en que iba a encontrarse, los rusos estarían camino de Berlín, y los franco-belgas contendrían al invasor a corta distancia del Rhin. Inglaterra desembarcaría un ejército en Bélgica, más que porque fuera necesario, para justificar su derecho en el momento del reparto; la escuadra británica barrería de los mares a los barcos alemanes, su flota mercante reemplazaría a la alemana y a la francesa, serían conquistadas brevemente las colonias enemigas y todo el comercio del mundo caería en sus manos; si la escuadra alemana trataba de oponerse, sería destruida en una batalla decisiva. Tres o cuatro meses de campaña bastarían para conseguir tan ambiciosos planes.

El primer error de Inglaterra consistió en confiar en las consecuencias de la movilización rusa. Su segundo error fué creer que los belgas resistirían más. La ofensiva rusa, que se inició de un modo imponente y amenazador, se desvió hacia Galizia gracias a los austriacos, y los ejércitos que penetraron en la Prusia oriental fueron derrotados decisivamente a las tres semanas de abiertas las hostilidades. No obstante, todavía Inglaterra continuó algún tiempo esperándolo todo de la ayuda rusa. La resistencia de los belgas, con haber molestado y entorpecido el avance de los alemanes, no consiguió detenerles ni les cerró el camino del N. de Francia, ni siquiera el de las costas del canal de la Mancha. Pero Inglaterra suponía, y hay que reconocer que tenía derecho y justificación en esta creencia, que el invasor no llegaría jamás al canal, porque manteniéndose firmes los franceses en la frontera N. de Francia, y desafiando la inexpugnable fortaleza de Amberes cualquier acometida del enemigo, no se atrevería éste, ni podría, a avanzar hacia el O. con los dos flancos amenazados y llegar a las costas que miran a las islas británicas. No cabiendo ya duda sobre lo poco que era de esperar de los belgas, Inglaterra envió un cuerpo de tropas a Amberes, tanto para obligar a la resistencia y reforzarla, como para conservar en su poder la plaza, si la nueva ofensiva de los rusos, que a la sazón ya se pronunciaba, daba los resultados apetecidos. Pero Amberes

cayó a los primeros golpes. Este fué el primer desencanto de los ingleses, agravado por el resultado de las operaciones navales, ciertamente poco favorable a las armas británicas.

Ya no era posible dudar. Lo que se había creído fácil y hacedero a poca costa, adquiriría los caracteres de lucha formidable, que acaso iba a poner en peligro la existencia de la Gran Bretaña.

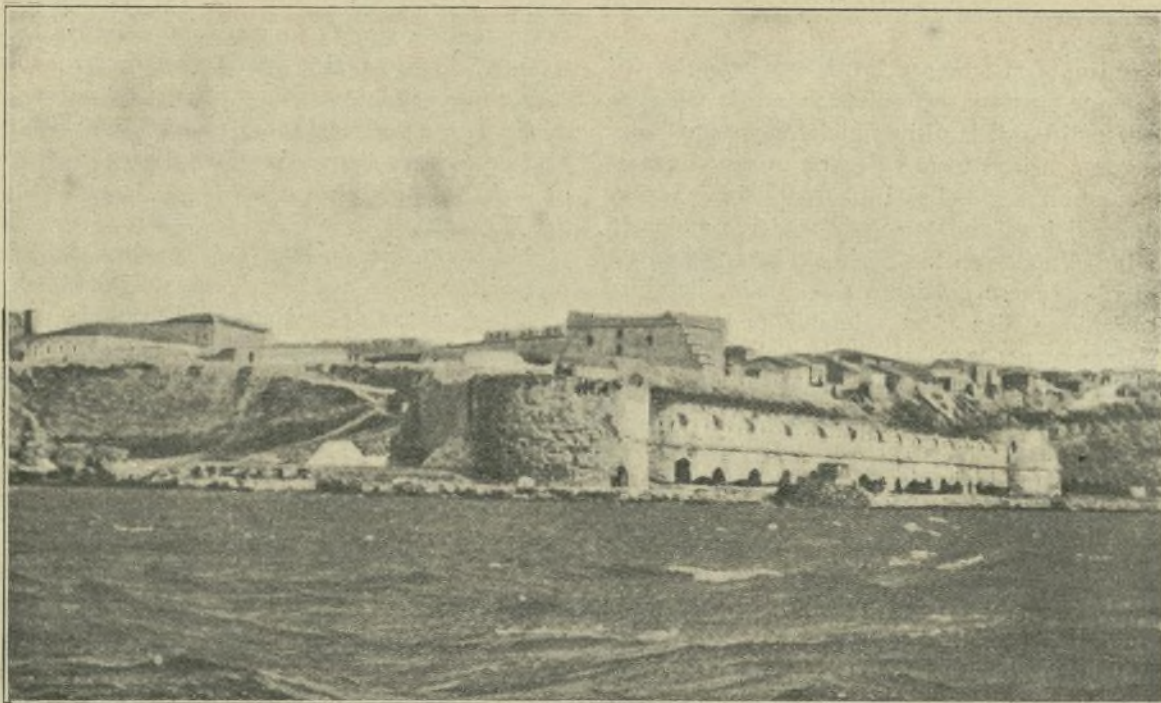
Hasta entonces, primeros de octubre, el gobierno de Londres no se creyó en el caso de decirle al país toda la gravedad de la situación. El pueblo, a quien sólo se le había hablado de razones éticas y sentimentales, se desentendía de la guerra, que miraba como un negocio más, en el que la parte difícil correría a cargo de los aliados y, en todo caso, de las fuerzas de mar y tierra. Pero no era así. Alemania apuntaba directamente a Inglaterra y relegaba a segundo lugar a Francia. Se activó el reclutamiento, en vista del fracaso de las tropas coloniales, y se decretó el cierre de las fronteras de Alemania, creyendo que de este modo se rendiría el adversario. Al mismo tiempo, Rusia dió nuevas seguridades de su irresistible acción para fecha próxima, y el ejército francés recobró por completo el ánimo y el entusiasmo que había perdido a consecuencia de las derrotas de las primeras semanas.

La entrada en línea de Turquía constituyó otra sorpresa desagradable para Inglaterra. Los trabajos diplomáticos cerca de Italia y de los países balcánicos fueron redoblados, sin resultado. Los rusos quedaron derrotados en Polonia. El germen de la rebelión, iniciado en el Africa del Sur, se corrió a Egipto y al Indostán. Finalmente, los turcos, de acuerdo con sus aliados, anunciaron su propósito de atacar el canal de Suez y penetrar en Egipto. Si es cierto que este peligro resolvió a Inglaterra la cuestión de declarar el protectorado sobre aquel país, sin oposición de Francia, no lo es menos que la declaración de guerra de Turquía obligó a los rusos a llevar tropas al Cáucaso y a los ingleses a reunir un ejército en Egipto; con ello, ya no pudieron contar con las fuerzas de las colonias para luchar en Francia.

A todo esto, el pueblo seguía ajeno a la guerra; ni los obreros ni la clase media acudían a las oficinas de alistamiento; la aristocracia respondió algo más. Se aumentaron los emolumentos de la tropa, se atendió espléndidamente a las familias de los soldados, y durante algún tiempo todo pareció de nuevo sonreír para Inglaterra.

Le aguardaba un nuevo desengaño. A mediados de febrero, precisamente a la vez que los rusos eran terriblemente deshechos cerca de las fronteras de la Prusia oriental, Alemania decretó el bloqueo marítimo contra Inglaterra, y lo puso en práctica, sirviéndose de sus submarinos, con rigor implacable. Este golpe hizo vacilar en sus cimientos al imperio británico.

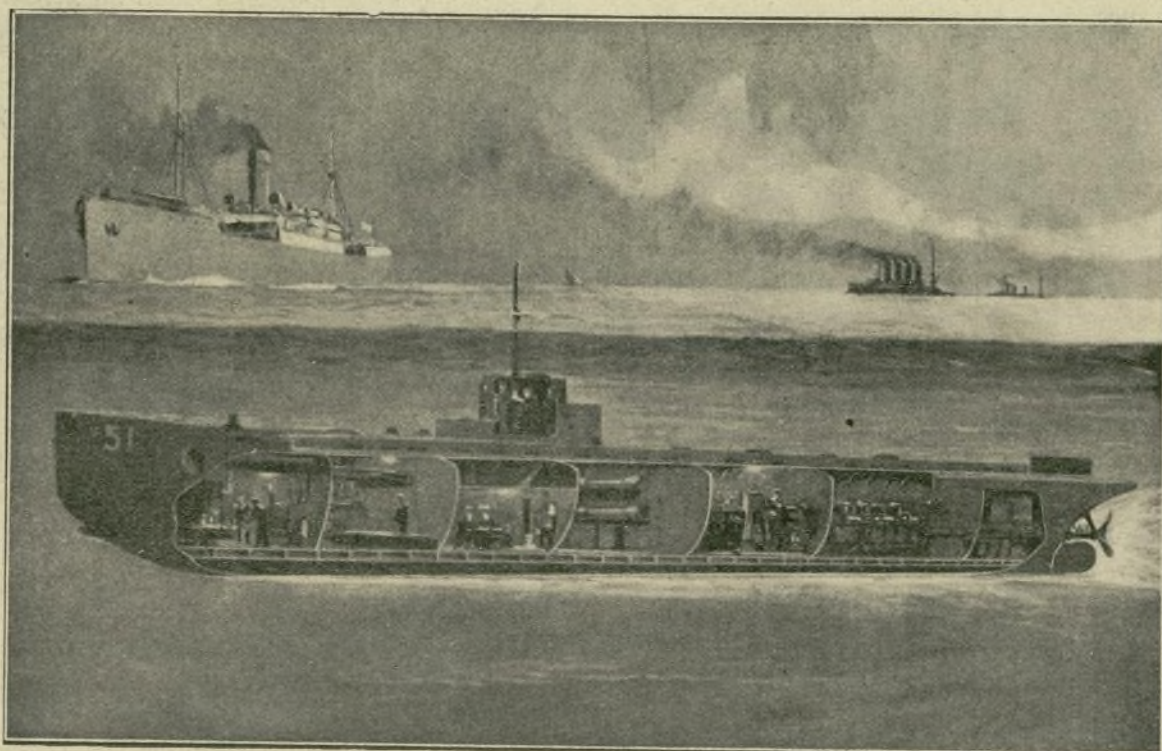
Pese a las condiciones excepcionales de organizador del general Kitchener y de la riqueza del Estado, era imposible que se improvisara un ejército con todos sus servicios y elementos. Apenas los submarinos alemanes comenzaron a echar a pique a los barcos mercantes que se dirigían a los puertos ingleses o salían de ellos, las fábricas de armas y municiones de los Estados Unidos, que venían abasteciendo a la Gran Bretaña, cesaron en sus envíos. El Gobierno



Fuerte de Seddul Bahr, en la entrada del Bósforo

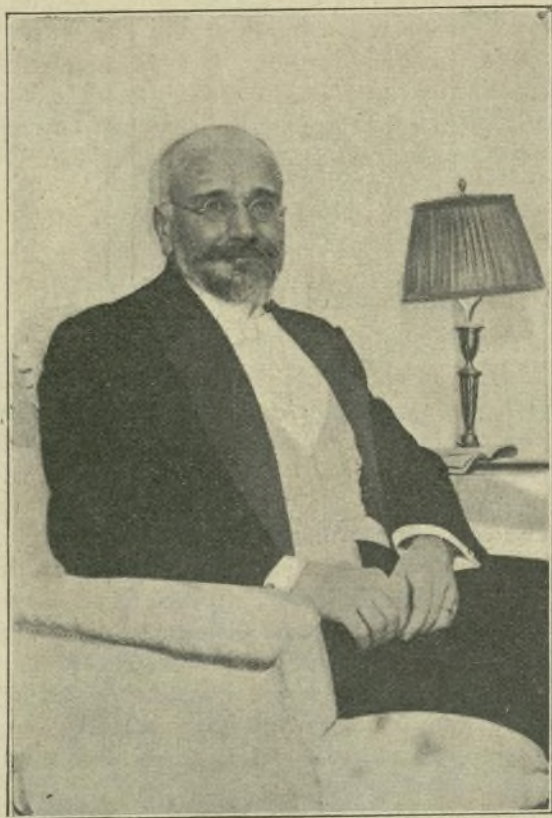
declaró nacionales o del Estado todos aquellos talleres e industrias que pudieran aprovecharse para servir las necesidades del ejército; mas como no cabía hacer en pocos días lo que se había desatendido sistemáticamente en tiempo de paz, fué menester aumentar la duración de la jornada y pedir un aumento de actividad a los obreros. Ni con el aumento de salarios depusieron éstos su actitud opuesta a realizar aquel esfuerzo suplementario. En este estado nos encontramos: han intervenido el jefe del gobierno y el ministro de Hacienda cerca de las *Trade's Unions*, y es probable que al cabo se llegue a un acuerdo patriótico.

Aparte de los desengaños padecidos por Inglaterra, por la deficiente acción rusa y la débil resistencia belga, los demás contratiempos que ha experimentado no tienen nada de extraordinario, ni siquiera de peligroso; no hay nación en guerra que no atraviere múltiples y diversas crisis. En este concepto, la situación de Inglaterra es firme y sin duda la mejor que puede encontrarse entre todos los beligerantes. Se ha desvanecido el temor de que los alemanes desembarquen en las islas; el dinero, a pesar de los adelantos a Rusia y Bélgica, no escasea; si han encarecido las subsistencias, de la misma llaga han de lamentarse los demás beligerantes y todos los neu-



Vista interior de un submarino alemán

trales de Europa; los horrores y tristezas de la guerra recaen exclusivamente sobre sus aliados, y el ejército británico, aunque sólo ha llegado a contar la sexta parte del número de hombres que ofreciera lord



Venizelos, el conocido hombre público de Grecia

Kitchener, está desempeñando un papel brillante en campaña; las colonias alemanas del Pacífico han caído en manos de Inglaterra, está a punto de terminar la rebelión en el África del Sur, se han apagado los chispazos que brotaron en Egipto y en el Indostán, y Francia y Rusia parece que quieren proseguir la guerra hasta el último trance. Con todo, la situación de la Gran Bretaña es tal vez peor que la de la misma Turquía, y por de contado más precaria que la de los demás beligerantes.

¿De dónde nace esta aparente contradicción entre los hechos vulgares y el fondo de las cosas? De un error fundamental de su Gobierno. Este no vió o no quiso ver que quien se lanzaba al palenque no era el *Estado* alemán, sino el *pueblo* alemán, y creyó que bastaba con oponerle el *Estado* inglés, y no el *pueblo* inglés. Los directores de la política británica no han salido de su error hasta el pasado febrero, pero ya era tarde. La generalidad del pueblo inglés no se cree en estado de guerra y continúa mirando el conflicto como algo que sólo interesa a los plutócratas, como una expedición exterior; no responde a las demandas, hartas justificadas, de sus hombres de Estado, y éstos no se reconocen con fuerzas para imponerse y *obligar* al cumplimiento del deber. Paralelamente a este descuido del Gobierno, se ha cometido otro pecado todavía más trascendental: fiel a su política secular, el Gabinete de Londres ha contado principalmente con la ayuda y la cooperación de los demás; no bastándole la de Francia y Rusia, esperó la de Italia, la de Grecia, la de Rumanía, acaso la de Bulgaria. Considerándose impotente ante sus súbditos,

quiso que los demás gobiernos lanzasen a las aventuras de la guerra a pueblos muy sumisos y guerreros y más dados a la obediencia que el británico. Entonces dió el gobierno inglés la prueba más patente de que había perdido la serenidad, la impasibilidad proverbial que le había sacado airoso de tantas situaciones difíciles.

Para obligar a entrar en la liza a los neutrales, Inglaterra discurrió el medio de ofrecer compensaciones territoriales en Turquía europea y en el Asia menor; bastaba, a su juicio, que se encendiera de un modo fulminante la hoguera en el oriente europeo, para que cada cual corriera a su puesto. A este efecto, se decretó el ataque a los Dardanelos, y sin la debida preparación y sin los reconocimientos más elementales, las flotas aliadas entraron en los estrechos. El desastre de que fueron víctimas no tiene precedentes en la historia. Como es natural, los neutrales, los presuntos auxiliares, en lugar de apresurarse a desenvainar las espadas, se manifestaron más recelosos y cautos que antes. Una vez dado aquel mal paso, no era posible retroceder. El desistimiento de la acción contra Turquía implicaba el desprestigio para *in eternum* del imperio y de su temida flota, que muchos miraban ya con cierto desprecio, en vista del escaso resultado de su intervención en la guerra; triunfante Turquía, todos los países musulmanes, y por consiguiente Egipto y el Indostán, perderían el respeto a su conquistador, y éste tendría



El jefe de uno de los regimientos kurdos que forman parte del ejército turco que opera en el Cáucaso

en breve tantos enemigos como auxiliares creyera contar. De esta suerte, llevando a remolque a Fran-

cia, Inglaterra se obstina en atacar el Asia menor y acaso los Dardanelos. Deja a un lado los peligros notorios de la expedición, prescinde de la observación vulgar de que los elementos de guerra que se envien al oriente hacen más falta en los campos de batalla de Francia; y precisamente en los momentos en que el porvenir de su existencia va a ventilarse en Europa, dispersa sus esfuerzos y dirige la atención a Asia. No tardaría en arrepentirse de tan grosera falta, si fuera falta en efecto lo que, en el fondo, es un supremo acierto, como se dirá después.

El gobierno inglés ocultó la verdad sobre las causas de la guerra a su pueblo, y carece ahora de razón para lamentarse del desvío de sus conciudadanos. La flota británica ni siquiera ha podido impedir que la alemana salga de sus bases y ataque las costas inglesas. El ejército, a quien se ha encomendado una labor superior casi a las fuerzas humanas, se ha sacrificado heroicamente y ha sido la única institución que se ha mostrado digna de aquel gran pueblo; pero su actuación no ha sido, ni podía ser, afortunada, bastando para demostrarlo recordar que por cada prisionero alemán que hay en Inglaterra, tiene Alemania ocho ingleses en su poder. La industria británica no ha podido aun resolver la crisis dimanante de la falta de ciertos elementos que sólo Alemania sabía producir; la especialización del trabajo se llevó a tal punto, que no se tuvo en cuenta la necesidad de poseer y saber fabricar todas las materias e ingredientes que hacen falta para rematar un trabajo, al revés de lo que hacían los alemanes. Tarde, siempre tarde, han visto los ingleses que su derrota comercial por Alemania era culpa exclusivamente de ellos mismos y no de sus rivales: no supieron organizarse, contando con que seguirían dominando e imponiéndose a los demás. Este método es el que ha predominado en la política internacional seguida durante la guerra, con resultados desastrosos. Inglaterra ha perdido la confianza en sí misma, y de aquí que los otros países no la tengan ya en ella.

Si la Gran Bretaña no recobra su serenidad antes de que sea demasiado tarde, habrá llegado la hora de su declinación. Aunque triunfe de Alemania, perecerá a manos de la Unión Norte americana. Es cuestión de tiempo, no de mucho tiempo. La sangre y las fuerzas que ahora pierda no las recobrará jamás.

Sólo un camino le queda al poderoso Imperio para salir sin grave descalabro de la tremenda crisis en que por su imprudencia se ha metido. Buscar compensaciones de los quebrantos que padezca. Esta compensación está en el occidente de Asia, país de situación tan privilegiada y de porvenir tan seguro, que su anexión por Inglaterra la indemnizaría con creces de cualquier sacrificio que en otra parte tuviera que hacer para ganarse la amistad de Alemania. Para ello, es indispensable que Inglaterra se salga del palenque en cuanto comprenda que Francia y Rusia están agotadas, pero antes del definitivo vencimiento de ambas, y trate separadamente con Alemania. Si en este momento poseyera las costas, o simplemente una parte de ellas, del Asia Menor, el Imperio germano se allanaría a negociar y acallaría los dictados del odio que ahora siente.

¿Se comprende ahora la verdadera trascendencia y el objetivo preciso a que obedece la expedición al Asia Menor y los combates en el golfo Pérsico?

Inglaterra, que no se forja ilusiones, toma posiciones para el día en que le sea forzoso poner término a la guerra. Podrá tildársela de desleal, de infiel,... pero obra patrióticamente, y ha tomado el único camino que le permitía reparar los desaciertos anteriores. La expedición a Oriente es indicio de la poca confianza que la Gran Bretaña tiene en que se resuelva a su favor la guerra en Europa.

EN DEFENSA DE LA VERDAD

El *Times* publica en su primer editorial del día 20 de abril, el siguiente notable artículo, que traducimos literalmente. ¡Dichosos los pueblos a quienes se puede hablar con tanta franqueza!

A despecho de agradables éxitos locales, tales como los que esta mañana nos hemos complacido en recordar, la guerra ha tenido muy pocos cambios aparentes en los últimos seis meses. Esta es la gran cuestión que el Gobierno debiera hacer comprender al pueblo. El 20 de octubre, los alemanes quedaron dueños de Lille durante siete días, y allí se encuentran hoy. Sir Henry Rawlinson se consideró impotente para atacar el paso del Lys, en Menin, y Sir Douglas Haig comenzaba a tomar parte en el largo y desesperado combate que se resolvió en la batalla de Ipres. Desde entonces, la línea de los aliados en el Oeste sólo ha experimentado pequeñas variaciones locales, generalmente conseguidas a costa de grandes sacrificios. El 20 de octubre, los rusos iniciaron el gran movimiento arrollador que arrojó al enemigo de Polonia, en tres semanas; pero el enemigo avanzó de nuevo. No obstante las violentas fluctuaciones de la lucha, es sorprendente el gran parecido que hay entre el frente oriental el 20 de abril y el 20 de octubre. Los germanos están mejor colocados en el área entre el bajo Niemen y Augustovo, y por otra parte, no se encuentran sobre el Vístula, al S. de Varsovia, han perdido Przemyśl, y su resistencia se debilita rápidamente en las crestas de los Cárpatos. Estas son grandes ventajas para la causa de los aliados, y Rusia ha luchado eficaz y tenazmente, pero tiene mucho que hacer antes de que pueda llevar la guerra al territorio alemán, que es el objeto principal. En el Oeste, la enorme labor preliminar que ha de realizarse antes de que Alemania pueda ser invadida por los aliados occidentales, apenas ha empezado. Las ganancias de los aliados están principalmente representadas por una pequeña faja en Neuve Chapelle, una o dos millas en Champaña, el estrechamiento de la punta avanzada de los alemanes en Saint Mihiel y ciertos avances, importantes, pero limitados, en los Vosgos. Los cambios de la línea en los últimos seis meses, apenas podrían ser seguidos por un dibujante de mapas. Ni las enormes pérdidas alemanas, ni los resultados de la atrición, ni la activa preparación de los aliados y el aumento de sus recursos, pueden alterar el hecho substancial: la línea de batalla en el oeste se parece muchísimo a la de octubre. Este hecho debiera ser constantemente

te expuesto por el Gobierno a la nación, en lugar de insistir en éxitos insignificantes. No ha de decirse que Neuve Chapelle prueba esto o lo otro. Lo que demuestra realmente Neuve Chapelle es la magnitud de nuestra tarea, y la facilidad con la cual los planes mejor preparados pueden fracasar.

En los teatros de la guerra, la situación presente muestra pocas señales de progreso. Los partes oficiales sobre los Dardanelos han callado muchas cosas. Nosotros defendimos el ataque a los Dardanelos, y tenemos confianza en que se renovará cuando lo permitan las condiciones. No obstante, es indudable que se le emprendió con prisas e insuficiente estudio, que se le planeó mal, que se cometieron graves errores, y que las verdaderas operaciones aun tienen que empezar. Al decir ésto, no nos lamentamos de las reservas oficiales sobre los preparativos contra los Dardanelos, reservas necesarias y más bien insuficientes que exageradas cuando se inició aquella empresa. Nuestra crítica se refiere a la ligereza y a la excesiva confianza con que se extendieron y circularon los primeros anuncios del ataque. Un buen ejemplo de la manera cómo se induce al país a consecuencias falsas, se encuentra en los comunicados oficiales sobre los recientes combates en la costa del golfo Pérsico. Las acciones de Shaiba y otros puntos fueron presentadas como otra gloriosa victoria, y los éxitos que iban a seguir eran ciertamente innegables y completos. Su significación real fué muy diferente. Cuando nos creíamos dueños de la Baja Mesopotamia, y cuando el pueblo hablaba confiadamente de un avance hacia Bagdad, los turcos concentraron una nueva y poderosa fuerza, que ejecutó una marcha de flanco a una o dos horas de Basra. Apenas hay nada en la versión oficial que revele que los turcos asestaron inesperadamente un golpe en el verdadero corazón de nuestras posiciones, donde no éramos demasiado fuertes, aunque razonablemente seguros. Sin embargo, nunca se ha puesto en claro en las cortas noticias oficiales, que un pequeño cuerpo británico estaba combatiendo en territorio persa para defender el abastecimiento de petróleo del Almirantazgo. En toda esta esfera de operaciones estamos prácticamente a la defensiva, y cuando atacamos es con un propósito defensivo. Al mismo tiempo, sabemos muy poco de lo que sucede en el Africa Oriental. Mientras la prensa de la India discute alegremente si conviene hacer del Africa Oriental alemana una colonia sij (indostánica), no está claro que una sola pulgada de territorio alemán en aquella región esté en nuestras manos.

Grandes acontecimientos están sin duda pendientes en varios puntos del teatro de la guerra; y si los métodos según los cuales se ha guiado al público para que formule juicios equivocados se prosiguen, cualquier cambio favorable en la situación puede ser al punto y ligeramente mirado como el principio del fin. De aquí que sea muy importante que se diga ahora la verdad y se reconozca, como ya hemos indicado, que en la actual zona de las hostilidades nos encontramos casi lo mismo que hace seis meses. Hemos repelido otra gran embestida alemana, más enérgica aún que la primera hacia París; pero no hemos dado ningún paso serio hacia adelante desde que nos movimos desde el Marne al Aisne. Nadie tiene derecho a condenar el carácter estacionario del

conflicto, y sería gran locura instar a que se emprendiera una prematura acción en cualquier sector. Más bien instamos al Gobierno a usar de todos sus medios para hacer comprender a la nación cuán pequeño es el progreso conseguido en tierra, y cuán grandes y viriles son los sacrificios que hemos de afrontar. Los ministros han adquirido la costumbre de pronunciar discursos en los que se afirma que los ejércitos que aquí formamos son garantía de nuestra victoria. Hasta que estos ejércitos hayan sido lanzados contra el enemigo, los ministros harían mejor meditando sobre la formidable naturaleza de la lucha que nos espera. Cuanto se diga sobre los grandes e incomparables servicios ya prestados por la Marina, está ámpliamente justificado, porque la Marina Real ha barrido a los alemanes del mar y domina toda la posición en una escala que el público aún no comprende bien. Pero estos elogios a la Marina, deben ir acompañados por el franco reconocimiento de que la fuerza de batalla de la flota alemana de alta mar es mayor ahora que cuando la guerra comenzó. En lo que a nuestro país concierne, creemos que el cambio más grave que ha ocurrido, comparado con agosto, es haber disminuído la confianza en el Gobierno. Es un síntoma que lamentamos, pero no vemos la manera de evitarlo, a menos que el Gobierno varíe sus métodos de comunicar con el público. El Gobierno puede hacerlo, nadie se lo ha impedido en lo más mínimo; en agosto, toda la nación le apoyaba; hoy está distanciada de él. El remedio está exclusivamente en su mano, porque en ninguna época de nuestra historia la crítica ha sido más unánime, más patriótica ni más enteramente exenta de intereses de partido.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El decálogo de actualidad

—¿Sabe V. señor A., que he estado pensando estos días acerca de lo que nos ocupó en nuestra penúltima conversación?

(El señor A.)—¡V. dirá!

—No se atrevió V. a expresarse con franqueza. No obstante, he conseguido descubrir que, para afiliarme en el partido de V., he de observar puntualmente un decálogo.

(El señor B.)—Me gustará conocerlo.

—Es el siguiente: Los mandamientos de la ley de los aliados son diez:

El primero creer que los aviadores alemanes sólo arrojan bombas contra hospitales, iglesias y asilos, y matan niños y ancianos.

El segundo, creer que los alemanes mutilan a los niños y guardan en sus mochilas los pies de las inocentes víctimas.

El tercero, creer que los alemanes bombardean catedrales, saquean museos, incendian ciudades y destruyen las obras de arte; mientras los aliados llevan las bombas de la mano para no causar daños innecesarios.

El cuarto, creer que Rusia es el país de la libertad y del derecho, y que Siberia es el paraíso terrenal de nuestros tiempos.

El quinto, creer que no hubo matanzas en Casa



15.000 rusos prisioneros en Augustovo, recibiendo una ración de pan antes de ser enviados a Alemania

Blanca, ni en el Indostán, ni en Egipto, sino únicamente obras de caridad y misericordia.

El sexto, creer que los alemanes rematan y torturan a los heridos enemigos, y los aliados consuelan, acarician y regalan jamones a los heridos alemanes.

El séptimo, creer que en Alemania reinan el

hambre y la desesperación, y en Inglaterra, Francia y Rusia el contento y la abundancia.

El octavo, creer que los alemanes padecen dos derrotas diarias, y que los aliados van de victoria en victoria.

El noveno, creer que los éxitos de Hindenburg



Los generales Joffre y Foch, presenciando un desfile de un regimiento que se dirige al frente de batalla



Una calle de Przemysl

son fantásticos, y que los rusos están más pujantes cada día.

El décimo, creer que Lieja, Namur, Amberes, Maubeuge, etc. son pequeñeces insignificantes, y

que los hechos más decisivos son la toma de la casa del barquero, la conquista del hoyo producido por la explosión de una bomba, el avance por el espolón de Eparges o la marcha en una dirección.



Acorazado francés «Gaulois», perdido en la batalla de los Dardanelos, el 18 de marzo

Todos estos mandamientos se resumen en dos: creer que Alemania es el país de la barbarie y el salvajismo, que sus ejércitos están derrotados y que su vencimiento es cuestión de horas; y que Rusia, Francia e Inglaterra defienden el derecho, la libertad y la civilización, y sus tropas y generales han dejado tamaños a Alejandro, Anibal y Napoleón, y a sus ejércitos.

(El señor A).—Como broma, no está mal.

—La broma, señor A., es la que le están dando a V. sus amigos, poniéndole en el mejor de los limbos posibles; luego de haberle arrancado hasta el último pelo, por supuesto.

(El señor A).—Como me los dejo tomar muy a gusto...

—Obra V. bien, porque, en compensación, va V. a emparentar con todos los aliados.

(El señor A).—¿En qué concepto?

—¡En concepto de *primo*!

SUBRIO ESCÁPULA

LA ALIMENTACIÓN DE LOS ALEMANES EN LA GUERRA

por el Dr. Med. G. Stille

La conflagración mundial, hace tiempo esperada y temida, ha estallado; una guerra como jamás se ha visto. Ejércitos gigantescos, que en época alguna han sido reunidos en magnitud igual, luchan en batallas mortíferas. Por un lado la triple alianza, reducida, ahora, a una dúplice representada por Alemania y Austria, encuéntrase en frente a la dúplice anterior, trocada en la triple entente. Francia, Rusia e Inglaterra, juntas, tienen cuando menos el doble de habitantes que los Estados centrales. Agregados a ellas Bélgica, Serbia, Egipto, Japón y Marruecos, forman una superioridad numérica abrumadora sobre la parte contraria. A pesar de todo esto, nos son favorables los auspicios para el final de la contienda, merced a la perfección incomparable del ejército alemán y a la fiel ayuda de los valientes austriacos.

Pero otra pregunta preocupa hoy a los interesados en la guerra: «¿Le será posible a Alemania alimentarse suficientemente en el caso de que la guerra fuera de larga duración?»

Conocido es que Alemania importa grandes cantidades de trigo, de artículos alimenticios, de ganado, carne, mantequilla y otras grasas. ¿Cuál sería su situación si esta importación fuese impedida por la flota inglesa, dueña de los mares, y por el bloqueo en la frontera rusa?

Nuestros enemigos están plenamente convencidos de que en un tiempo relativamente corto se presentará el hambre en Alemania y de que ella, en consecuencia, se verá obligada a rendirse aunque sus ejércitos quedasen victoriosos en los campos de batalla.

Pero no sólo los enemigos piensan así, sino también muchos de los nuestros, quienes miran con ansia y temor la posibilidad de una carestía amenazadora de víveres. Por tiempo demasiado largo, ciertos partidos y la prensa adictos al libre cambio, han tratado de hacernos creer en la amenaza de una alimentación insuficiente. En un tiempo en que todo

el pueblo se sustentaba de una manera tan buena y abundante según los conceptos modernos, como nunca antes, levantaron el grito por la carestía de la carne, y sin embargo aumenta de año en año la cantidad de carne consumida por cabeza. Siempre se ha sostenido y se ha vuelto a sostener, que la agricultura alemana no era capaz de proveer satisfactoriamente a la población creciente con substancias alimenticias. Se deseaba que cayeran los derechos protectores sobre trigo y ganado, exigidos por los agricultores e impuestos por el gobierno con ayuda de los partidos agrarios y sus adictos. Se sostenía que los codiciosos agricultores usuraran al pueblo el pan y la carne; que la importación de estos artículos, dificultada mediante derechos altos, fuese necesaria, pues sin ellos el pueblo tendría que sufrir el hambre, exigiendo la abolición de los derechos prohibitivos y la apertura de las fronteras a la importación libre de los alimentos.

Ahora podemos contar quizás únicamente con la producción de alimentos de nuestro propio suelo. No es de extrañar que los habitantes de las grandes ciudades y de los centros industriales, por consiguiente muchísima gente sin un pedacito propio de terreno, se inquieten y se aflijan ante la idea, de dónde sacaremos la cantidad necesaria de alimentos. Nuestros hombres de posición menos holgada, al irse al campo de batalla, pensarán en los suyos con el corazón apesadumbrado.

¿No les faltará el pan a su mujer y a sus niños? ¿No tendrán que sufrir el hambre los pobres mientras el soldado derrama su sangre por la patria?

Si todos nuestros connacionales estuvieran bien orientados sobre la realidad, sabrían perfectamente que a este respecto nada tienen que temer. La agricultura alemana produce alimentos en cantidad suficiente para proveer a los habitantes de todo lo necesario, aunque la lucha se prolongara por años. Trataremos de probarlo con cifras obtenidas de la estadística oficial.

Los alimentos más importantes son:

El centeno, las patatas y la carne. A estos se agrega en segundo orden la manteca, de la cual, considerando su importación continua, al parecer no se produce en cantidad suficiente en nuestro país. Veremos si esto, en realidad, sucede o no.

Contemplemos primero la situación en que nos encontramos referente al centeno. Si tomamos el término medio de las últimas tres campañas, contadas del 10 de agosto de un año al 31 de julio del siguiente, vemos que desde el año 1908 se han exportado 530.000.000 de kilos o sea 8 kilos por habitante, como exceso de la producción sobre el consumo. Para la fabricación de aguardientes fueron tomados hasta ahora 6 kilos por habitante, los cuales pueden servir durante la guerra para la alimentación; a esto se agregan tres kilos de granos que han sido exportados en calidad de harina, pero que en las actuales circunstancias quedarán en el país. Sumando estas cifras vemos que tenemos un exceso total de 17 kilos por habitante.

Referente al trigo varía la cosa. Durante las últimas tres campañas tuvimos una importación de 29.6 kilos por cabeza, cifra que se reduce en 3 kilos por la exportación de 2.2 kilos de harina de trigo. Deduciendo de este déficit de 26.6 kilos el exceso en grano

de 17 kilos, aquel queda reducido a 9.6 kilos en los dos cereales. Esto es de poca importancia cuando se ve que el consumo anual en centeno es de 147.9 kilos y el de trigo de 90.6 kilos o sean 238.5 kilos en ambas clases, desapareciendo el déficit por completo si las cantidades del centeno, hasta ahora destinadas al ganado, sólo se emplean para el consumo humano, y si además se emplean en las panaderías no sólo harinas finas y finísimas, sino calidades hechas de granos llenos, lo que además es muy recomendable en el interés sanitario. Evidentemente tendremos que acostumbrarnos a reemplazar una parte del trigo consumido por centeno. Si así se procede, no cabe la menor duda que nuestra propia producción bastará para nuestras necesidades.

Mucho más favorable es nuestra situación con referencia a las patatas. En los años de 1902 a 1911 se han producido 600 kilos por habitante. De esta cantidad sólo una fracción (probablemente 150 a 200 kilos), ha servido de alimento, mientras el resto se ha empleado para los animales y para fines industriales (para la producción de almidón y alcohol). Disponemos por consiguiente para la alimentación del pueblo de una cantidad muy grande, casi ilimitada. En el caso de que escasease uno u otro de los alimentos, éste puede ser substituído en forma amplia mediante la patata, sin que esto significara daño alguno para la constitución humana. Sólo se necesita dejar la costumbre de despreciar ese producto, que por ser barato es mirado con desdén, a pesar de que investigaciones hechas recientemente han probado de un modo irrefutable su gran poder alimenticio. Lo prueba el hecho de que un joven fuerte, trabajando rudamente, se ha alimentado bajo el control de Hindhebe sólo con patatas y manteca durante 309 días, conservando en todo sentido su fuerza y su peso. Si esto ha sido posible, no cabe la menor duda de que en caso de necesidad, una gran parte de los demás alimentos pueda ser substituído por patatas.

A muchos de nuestros connacionales inspira el temor más grande la idea de que sea reducido fuertemente el consumo de la carne; llegando hasta pensar en una hipertrofia del pueblo. ¿Tienen razón los que así piensan?

En los últimos años se ha comido en Alemania, más o menos, 54 kilos de carne por habitante; de esta cantidad, dos kilogramos han sido importados. Nuestra agricultura ha sido capaz, por consiguiente, de cubrir casi íntegramente el consumo general. Pero, se nos objeta, que a tal resultado sólo se ha podido llegar mediante la importación de torrajes. Esto es cierto, pues según nuestros cálculos, casi la cuarta parte de la carne de puerco ha sido producida mediante cebada importada. La importación de este producto, del cual noventa por ciento viene de Rusia, cesa naturalmente por completo durante la guerra.

De esto se desprende que al principio tendremos probablemente una baratura extraordinaria, principalmente de cerdos, cuyos dueños se verán forzados a venderlos a bajos precios, en vista de la falta de forrajes. Pronto se empezará a notar una oferta menor y, en consecuencia de ella, un alza de los precios de la carne en grado desconocido hasta ahora. Esto sería mirado por mucha gente como una desgracia nacional; pues, y no sin culpa de los fisiólogos alema-

nes, se ha creado la idea en muchas personas que sólo bastante carne garantiza una alimentación nutritiva. Por esta razón se quejaban tan amargamente de la falta de carne cada vez que este alimento escaseaba y encarecía.

¿Existía razón para esta queja? Nosotros podemos afirmar con toda certeza que no existe nada más erróneo que pensar en la necesidad de un consumo de tales proporciones como hoy es usual en Alemania. Para probar nuestra afirmación bastan algunas cifras.

En lugar de los 54 kilos que se consume hoy por habitante en Alemania, le tocaba a cada uno de la población en los años de 1900 43.4 kilos; 1892 32.5 kilos; 1879, 29.5 kilos; 1861, 23.2 kilos; 1840, 21.6 kilos; 1816, 13.6 kilos y preguntamos: ¿fueron peor alimentados y menos fuertes nuestros padres que nosotros mismos? Nosotros creemos que poseían tan buenas condiciones físicas como la generación contemporánea. ¿Y qué es lo que se observa en los países limítrofes? Sólo Inglaterra consume igual cantidad de carne; en Francia llega el consumo a 33.6 kilos; en Austria a 29 kilos; en Rusia a 21.8 kilos; y en Italia a sólo 10 kilos por habitante. Si a estos pueblos les basta una cantidad tan reducida, no puede haber la menor duda que la disminución del consumo de carne no afectaría en lo más mínimo la alimentación de nuestro pueblo.

Lo que se refiere a mantequilla y las demás grasas, se importa de la primera, de manteca, de aceites de plantas y de frutas aceitosas tanto, que se llega a cerca de 8 kilos de importación de grasas por habitante. ¿Se necesita realmente esta importación? Para contestar esta pregunta tenemos nuevamente que acudir a algunos números.

Voit, en conclusión de sus ya afamados estudios, ha afirmado que un trabajador mediano de un peso de 70 kilos, más o menos, necesita 56 gramos de grasa por día. Si tomamos como exacto este número, hemos de considerar demasiado alto 50 gramos por día, o sean 18.25 kilos por año a cada habitante para la población entera, de la cual la mitad son mujeres, la cuarta parte niños hasta 10 años.

Según los números emitidos por Ballad y por Rubner, los diez y medio millones de vacas existentes en 1910 produjeron cerca de 16.500 millones de kilogramos de leche; calcúlese 3 y medio por ciento de grasa contenida en ella, se llegaría a 710.5 millones de este producto, y por consiguiente a 10.9 kilogramos por habitante (65 millones). La cantidad de grasa producida en los criaderos de cerdos, no se puede calcular con alguna seguridad. Según las cifras obtenidas y juzgando las cosas con mucha cautela, llegamos al resultado de que la producción de manteca de cerdo llega a cerca de 7.7 hasta 8.9 kilos por habitante. De suerte que la manteca, agregada a la mantequilla, daría 18.6 hasta 19.8 kilos, o sea un exceso sobre el consumo real, que se estima en 18.25 kilos. A esto se agregan las cantidades no despreciables de grasas obtenidas con el beneficio del ganado vacuno, ovejas, cabras y de gansos.

A pesar de esto, vemos que son importados ocho kilogramos de manteca por cabeza. ¿Qué es lo que se hace con ellos? La contestación es la siguiente:

1—Una cantidad muy apreciable se aplica a la industria (fabricación de jabón).

2—Se gasta demasiada cantidad en el uso doméstico. Bechhold llama la atención sobre la cantidad enorme de manteca que se encuentra en los desagües de las ciudades. Conforme a sus estudios, se pueden calcular en casi 3.8 kilos por año y por cabeza, lo que representa en su mayor parte pérdidas de la cocina.

3— En Alemania se come demasiada manteca. Rubner dice sobre este capítulo en sus cambios en la alimentación popular: Hace treinta años tenían sobrada razón quienes afirmaban que las comidas de los menos acomodados eran demasiado pobres en grasa; hoy en cambio es de extrañar la importancia que ha adquirido el consumo de manteca en muchas regiones de Alemania.

Voit, en su propuesta para la comida para gente poco acomodada, ha indicado como cantidad mínima por día (todo incluso), 56 gramos de manteca. En muchas partes de Alemania esta cifra se sobrepasa ahora bastante entre la gente pobre. No se puede sostener que este aumento fuera una necesidad fisiológica. Se trata más bien de una costumbre, con la que a nuestro juicio se familiariza más y más la generación joven, sin que hayan sufrido daños quienes no siguieron el ejemplo.

Según esto, no puede caber duda de que tenemos lo absolutamente suficiente con la producción de grasa en el país, haciendo uso de ella en forma prudencial.

De paso sea dicho que algunos otros productos absolutamente necesarios para la alimentación, como el azúcar y la sal, son producidos en cantidades tan grandes en nuestro país, que no podemos consumirlos, de suerte que exportamos siempre una parte del exceso.

Los artículos en los cuales se notará seguramente escasez con el tiempo, y esto sólo si toda importación fuera imposible, son café, té, cacao y especiería. Pero, seguramente tenemos cantidad suficiente para largo tiempo y, por fortuna, a pesar de que su consumo es grande, no son alimentos absolutamente necesarios para la vida, sino más bien artículos de lujo.

De lo dicho se desprende que podemos estar muy tranquilos en lo referente a la alimentación del pueblo durante la guerra. Nuestros enemigos se equivocan muchísimo si ellos creen que nos pueden vencer por hambre. Miremos el futuro con toda tranquilidad; ni el más pobre tendrá que sufrir hambre, aunque la guerra se prolongue por muchos años.

CRÓNICA MILITAR

I. Brzeziny y Przasnysz.—II. La primera campaña de primavera en los dos frentes.—III. Los combates de Langemarck.
IV. La situación el 25 de abril

I.—Brzeziny y Przasnysz

En las afortunadas campañas de los alemanes en el frente oriental, influyó de un modo decisivo la sabiduría del mando; sin ella, ni las operaciones hubieran sido tan breves, ni tan decisivos sus resultados. Pero el factor psicológico desempeñó un papel eminente, y sin él sería imposible encontrar explicación a ciertos hechos. Recordemos brevemente los principales.

En agosto, débiles fracciones de reserva contienen a los ejércitos rusos del Narev y el Niemen, y hacen posibles aquellas admirables maniobras de Hindenburg en Tannenberg e Insterburg, emprendidas y ejecutadas con fuerzas muy inferiores. Otras tropas, tan exiguas que asombra su atrevimiento, se acercan en octubre al Vístula, entre Varsovia e Ivangorod, recorren rápidamente la mitad de Polonia y retornan con celeridad sin igual a la línea del Varta, después de inutilizar a fondo los caminos que han de seguir los rusos en su avance; a pesar de haber vuelto la espalda al enemigo, su moral queda tan intacta, que dos semanas después asustan aquellos mortales golpes que terminan en las orillas del Bzura. La presencia de dos cuerpos alemanes basta para arrojar a los rusos al otro lado del Dniester, y reconquistar la Bukovina en diez días, anulando el esfuerzo de dos meses realizado por el invasor, que había ya llegado a los montes de la Transilvania. En todos estos casos la superioridad del soldado alemán sobre el soldado ruso es manifiesta: ambos se batían bien, a cual mejor, pero así como el primero tiene la conciencia de

su valer y está seguro de la victoria, el segundo se limita a obedecer las órdenes que recibe y no le inflama ningún sentimiento de orden elevado: le falta el alma, que palpita en aquel. La instrucción y la educación militar no son las causas determinantes de tales diferencias, sino su complemento; el verdadero origen se encuentra en la diversidad de cultura de ambos pueblos, en los regímenes a que están sometidos, en sus modos de existencia. Por eso ahora los más terribles rivales de los alemanes han sido los ingleses, pese a su procedencia mercenaria.

Pero donde mejor se revela la superioridad moral del ejército alemán sobre el ruso, es en las batallas de Brzeziny y Przasnysz.

En Brzeziny, el alto mando alemán va a ejecutar un movimiento envolvente por el N., al S. del Vístula, y un avance desde el S., que han de dar por resultado la derrota de los rusos y su retirada hacia Varsovia; hace falta para ello fijar el centro enemigo, inmovilizarlo y detenerlo, obligarle a batirse para que no pueda acudir a los puntos amenazados, ni substraerse a la maniobra. Hindenburg cuenta con las tropas estrictamente suficientes para desenvolver su plan, y sólo puede situar dos divisiones en el centro. ¡No importa! Esas unidades se batían bravamente, ganan terreno y llegan a inspirar inquietud al mando ruso. Contra ellas van acudiendo fuerzas de todos lados; la situación se torna crítica por momentos; no es ya la inmensa superioridad numérica de los rusos lo temible, sino que alrededor de las divisiones alemanas se va formando un círculo de hierro; que amenazaba cerrarse por completo.

En situación parecida, los rusos en Tannenberg, no obstante atacarles fuerzas enemigas poco mayores que la mitad de las suyas, al verse envueltos, se retiraron, primero; apresuran la marcha, después, y por fin se dispersan: es el desastre. No se les culpe por ello, porque lo mismo hicieron, en circunstancias parecidas, todos los ejércitos, en todas las guerras, salvo honrosísimas y contadas excepciones. En Augustovo, en febrero último, mucho antes de que el envolvimiento sea completo, también los rusos huyen, se desbandan y son destruidos. El sentimiento del peligro se antepone a cualquier otro, y la situación del momento hace olvidar el objetivo final. La flaqueza humana tiene sus derechos, que sólo pueden ser combatidos mediante una exquisita y perfecta educación de la voluntad.

Las divisiones alemanas se conducen de otro modo en Brzeziny. Nadie piensa en dar la espalda al enemigo, ni en huir, ni menos en rendirse. Hay que completar la misión que se les ha señalado, rompiendo la línea adversaria y cooperando en la acción que ha entablado ya, o va a entablar, el ejército del N. Y cuando los rusos, que por anticipado se congratulan de un éxito para ellos indudable, anuncian la inmediata destrucción de las fuerzas alemanas, éstas salen victoriosamente del anillo que las envolvía y como trofeos de su triunfo llevan consigo 12.000 prisioneros. El grueso ruso se encuentra entonces dividido por su centro, envuelto por el N. y amenazado por el S., y las batallas de Lodz se deciden rápidamente.

Que la vigilancia de los rusos fué escasa, que sus tropas fueron sorprendidas en pleno sueño, que nadie podía imaginar la desesperada tentativa de los alemanes, que *Rennenkampf* llegó tarde al punto que se le indicara..... Explicaciones son éstas que deben admitirse, pero que no demuestran nada; ciertamente, no hay hecho consumado que no tenga explicación; puesto que *tal cosa* aconteció, fué posible que aconteciera. Mas no se trata de esto: la síntesis de Brzeziny es que un cuerpo alemán, rodeado por fuerzas seis veces más numerosas, se incorpora al resto de su ejército, *no huyendo, sino en la dirección que demandan las conveniencias estratégicas generales*, derrotando al enemigo. Es un caso único en la historia militar del último siglo. El conocimiento, la voluntad y la energía del comandante se transmiten a todos los soldados, y los factores espirituales derrotan a las fuerzas materiales.

Cuando el mariscal Hindenburg últimaba la agrupación de sus fuerzas, que había de dar por resultado la expulsión del enemigo de la Prusia Oriental y la destrucción del 10.º ejército ruso en Augustovo, el gran duque Nicolás activaba la concentración de fuertes masas, al N. del Vístula, para limpiar de alemanes el sector Mlava-Thorn y avanzar sobre esta plaza. Sorprendido en estos preparativos por la ofensiva alemana en el N., y no pudiendo ya modificar, por falta de tiempo y de vías de comunicación, las líneas de marcha de aquellas tropas, trató, por lo menos, de compensar la victoria de los alemanes en el Niemen, con un enérgico avance en el N. del Vístula, que le abriera las fronteras meridionales de la Prusia Oriental y amenazara el flanco del grueso de Hindenburg. La caballería fué lanzada adelante

y las vanguardias aceleraron su marcha. Pero junto al Vístula los alemanes acababan de batir a los rusos y rebasaban Plock; dos divisiones de reserva, con alguna caballería, que servían de enlace entre aquellas tropas alemanas y las que se movían en el Narev, rechazaron a la caballería moskovita, derrotaron a las vanguardias y tomaron por asalto Przasnysz. No fueron, sin embargo, tan rápidas estas operaciones que terminaran antes de la llegada del grueso ruso. Este cayó sobre las dos divisiones de reserva y reconquistó Przasnysz. Los alemanes pudieron retirarse hacia Chorzele y Mlava y ceder ante fuerzas inmensamente superiores, como ha sido práctica corriente en ésta y en todas las guerras; pero el triunfo de Augustovo no estaba aún consolidado y, además, el repliegue de aquellas divisiones podía poner en situación crítica a las fuerzas del N. del Vístula, al E. de Plock. En consecuencia, su comandante decidió sacrificarse: en lugar de retroceder, las dos divisiones continuaron el combate, respondieron al ataque con el ataque, y al movimiento envolvente que el enemigo dibujaba por el S. con un asalto al centro ruso. La batalla, como es lógico, fué favorable a los rusos: las divisiones alemanas perdieron 10.000 prisioneros y quedaron casi destruidas; pero el objetivo estratégico fué plenamente alcanzado. La heroica resistencia de aquellas tropas, en efecto, dió tiempo para que se presentaran nuevas tropas de socorro, y la ofensiva rusa quedó definitivamente paralizada, afirmada la posición de los alemanes en Plock, y en plena libertad el ejército del N. para completar sus operaciones; finalmente, si los alemanes perdieron 10.000 prisioneros, capturaron 17.000 rusos en las batallas de Przasnysz; cerca de 6.000 en el primer asalto, y los demás en la fase final de la lucha.

Un puñado de hombres contuvo a la masa enemiga más importante; de nuevo los factores morales equilibraron la debilidad material, y los alemanes, con fuerzas inferiores, vencieron a su enemigo. Y es de notar que en Przasnysz los héroes fueron soldados de la reserva y no tropas de primera línea.

Sólo esos actos de abnegación y sacrificio han hecho posibles los planes de Hindenburg. De lo contrario, fuera imposible, no ya que venciera, sino que consiguiera contener el alud aplastante de las masas rusas.

II.—La primera campaña de primavera en los dos frentes

No es posible ya poner en duda que las batallas de Champaña, Neuve Chapelle, Mosa y Mosela y los Cárpatos, han sido la primera fase de una ofensiva concertada de los aliados en los dos teatros de operaciones. No se andará muy lejos de la verdad, si se relaciona esta ofensiva con el viaje del general Pau a Rusia y los países balcánicos.

El papel principal fué encomendado a los rusos, que derrotando a los austriacos, forzando los pasos de los Cárpatos y extendiéndose por Hungría, hubiesen privado de su mejor granero a los imperios australes y provocado la intervención de Italia, Rumania y Grecia. Los trabajos diplomáticos y la campaña de opinión se llevaron a la par que las operaciones militares, y en cuanto éstas se han suspendido, los primeros han interrumpido su actividad.



El Kaiser (X) a su llegada a Suwalki después de las batallas que terminaron con la derrota de los rusos

Los primeros ataques de los rusos, en ocasión de hallarse los austriacos preparando un avance para socorrer la plaza de Przemyśl y cuando en los Cárpatos no había más que uno o dos cuerpos alemanes al lado de sus aliados, fueron coronados por el éxito.

Los rusos llegaron a la divisoria, y cayeron en su poder los pasos occidentales. Pero la resistencia austriaca fué tan tenaz, que dió tiempo a la llegada de refuerzos alemanes y a la contraofensiva en la dirección de Strij. Contenidos de frente y amenazados



Tropas belgas defendiendo una aldea de las orillas del Iser

Ayuntamiento de Madrid

En el frente oriental se va por consiguiente poco a poco a un estado de equilibrio, al que no se llegará sin embargo sino después de grandes batallas. Entre tanto, crece la potencia militar de los aliados en el oeste, pero como Austria—imitando a Francia—ha llamado a las armas a todos los hombres válidos, desde los 18 a los 50 años, y se refuerzan por momentos las organizaciones defensivas en Bélgica y el N. de Francia, el fiel de la balanza volverá a su centro, y la guerra se prolongaría todavía mucho tiempo, si no influyesen en ella una multitud de factores que no dependen de la voluntad de los generales en jefe.

La situación en Turquía y Asia; la escasez de municiones y los deficientes medios de producción; la ruína económica; el estado de los pueblos... han de poner pronto término a la breve pausa en que nos encontramos, y de nuevo se peleará en el este y oeste.

III.—Los combates de Langemarck

El día 22 los alemanes ejecutaron un ataque nocturno al N. de Ipres. Partiendo de las cercanías de Langemarck (véase el mapa número 18, del cuaderno 26), avanzaron resueltamente hacia el canal del Iser, ocupando Bixschoote, Stenistraate, Het-Sast y Pilkem, y asaltando Lizerne, al O. del canal. Toda la orilla oriental del canal ha quedado en sus manos en un frente de más de seis kilómetros; el avance, en sentido de la profundidad, excede de 5 kilómetros.

Cayeron en manos del vencedor 2470 prisioneros (franceses y británicos), 35 cañones, de ellos cuatro pesados, ingleses, y varias ametralladoras.

Al parecer, este hecho de armas no forma parte de una ofensiva general, sino que tiene un alcance limitado y se debe a la iniciativa del comandante alemán de aquel sector. Pudiera explicarlo la circunstancia de ocupar por primera vez las trincheras perdidas la división canadiense, poco práctica en la guerra y no acostumbrada a los combates nocturnos. Si efectivamente el golpe alemán se dirigió contra estas tropas de nueva formación, hay que reconocer la oportunidad del ataque; al retroceder los canadienses y dejar al descubierto los flancos de las trincheras inmediatas, guarnecidas por franceses e ingleses, es natural que éstos se replegaran a su vez. Las mayores pérdidas de los aliados las padecieron al repasar en derrota el canal del Iser.

IV.—La situación el 25 de abril

En Mesopotamia, junto a Basra, en la desemboadura del Eufrates, los turcos atacaron, sin éxito, las posiciones defensivas de los ingleses.

El submarino británico E. 15 ha sido destruido por los turcos en los Dardanelos.

Han meudeado en éstos los bombardeos, ejecutados por unidades aisladas, y los reconocimientos emprendidos por barcos ligeros, sin que se hayan repetido las tentativas de forzar el paso. En las islas inmediatas se encuentran unos 50.000 franceses e ingleses. Los barcos británicos han cañoneado el litoral de Siria, y los franceses han hecho lo mismo en la costa al E. del canal de Suez.

En el teatro occidental, los ingleses han realizado un pequeño avance al S. de Zillebeke, al NE. de Saint Eloi, y se ha combatido con violencia en el sector de Nieuport.

En las fronteras entre la India y el Afganistán ha habido otro combate, más sangriento que el anterior. El día 18, un cuerpo de mohmandos (tribu que no ha reconocido el dominio británico, a pesar de residir en parte en territorio de la provincia indostánica de Punjab), atacó la ciudad de Shabkadar, situada a unos veinte kilómetros.

Los ingleses, cuyas fuerzas se ignoran, pero que no debían ser escasas toda vez que las mandaba un general, el de brigada Ioung, consiguieron arrojar al enemigo a las alturas, y regresaron—según los despachos británicos, únicos que dan cuenta de este hecho de armas—a Shabkadar, perdiendo unos 70 hombres entre muertos y heridos. Es significativa la circunstancia de que los ingleses no persiguieran al enemigo, ni le hicieran prisioneros.

Un torpedero turco, de 90 toneladas, ha sido echado a pique por las flotas aliadas, en las costas de Gallipoli.

El comandante en jefe del ejército anglo-francés que ha de operar contra Turquía es el general inglés Ian Hamilton, muy conocido por sus estudios sobre la guerra ruso-japonesa, que siguió como agregado militar. El general D'Amade manda el contingente francés.

En el teatro occidental, bien que paralizada la ofensiva francesa entre el Mosa y el Mosela, no se han interrumpido las operaciones al N. de Saint Mihiel, ni desde este punto a Pont-a-Mousson. Los alemanes, poco después de conquistado el fuerte de Campo Romano, tendieron una vía férrea desde Metz a Saint-Mihiel, la cual les permite llevar con presteza refuerzos a aquella posición situada al otro lado del Mosa, y por este motivo la más importante de toda la región. Por pequeño que haya sido el avance francés hacia Eparges, no deja de ser un peligro para los alemanes que continúen seis cuerpos de ejército enemigos al S. E. de Verdun. De aquí la probabilidad de que, aprovechando la situación central de Saint-Mihiel y utilizando la vía férrea a Metz, procuren los alemanes contrarrestar los efectos de la ofensiva francesa, ejecutando un contraataque, aunque de alcance limitado, que deje al enemigo bajo la impresión de que en el último choque la victoria ha correspondido al invasor. Es el verdadero coronamiento de la defensiva táctica, y el método que los alemanes aplicaron en el Iser, Soissons, la Champagne y Neuve Chapelle.

En la región de La Bassée y cerca de Arras, los combates han adquirido más viveza en los últimos días, sin que ninguno de los dos partidos ganara ó perdiera terreno. La lucha es más violenta todavía en el valle del Iser. Continúa estacionaria la campaña en los Vosgos. Los alemanes han interrumpido momentáneamente la circulación entre Bélgica y Holanda, acaso para ocultar los movimientos de tropas en aquélla.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

25 abril 1915.

Derechos reservados